

## CAPITULO QUINTO.

### PROGRESOS DE LA REVOLUCION.

Cómo esplicó el gobierno su retirada.—Efectos del bloqueo de Acapulco.—Pérdida de los buques.—Regocijos en México por la supuesta victoria del Peregrino.—Se aprueba el tratado de la Mesilla.—Curiosa escena en palacio con este motivo.—Lo que dijo el gobierno.—Lo que dijeron los periódicos.—Muerte del general Bravo.—Lo que dijo el Boletín oficial de Acapulco.—No hay datos para asegurar el atentado.—Hecho notable.—Entrada triunfal de Santa-Anna.—Arco de triunfo.—Crisis ministerial.—Progresos de la revolucion en el Sur.—Guerrilleros.—Movimientos militares.—Medidas de terror que toma el gobierno.—Las que dictó el caudillo de la revolucion.—Comonfort salva la vida á Holzinger y Zambonino.—Confiscacion de los bienes de los pronunciados.—Una propiedad de Comonfort.—Pronúncianse los pueblos de Tlapa.—La revolucion en Michoacán.—Don Gordiano Guzman.—Su prision.—Es fusilado.—Impresion que causó aquella muerte.—Diaz Salgado.—Huerta, Paebilita, Rangel.—Movimientos y combates de estos guerrilleros.—Accion del Llano del Cuatro.—Toma de la Aguillita.—Disgusto del gobierno con Ugarte.—Le reemplaza Torrejon.—Don Manuel Andrade, general en jefe.—Estrañamiento al comandante general de Guerrero, porque se aumentan los pronunciados.—Don Faustino Villalva en el cerro del Limon.—Accion del 22 de Julio.—Muerte del guerrillero.—Notable accion de su hijo Don Jesus.—El cura de Cacalotango.—Es fusilado D. José María Ramos en Morelia.—Pronunciamiento de Ciudad-Victoria.—Rumor que corrió entonces.—Desembarco del conde Raousset en Guaymas.—Es derrotado y hecho prisionero por el general Yañez.—Su fusilamiento.—Causa formada á Yañez.

Se ha hablado en el capítulo antecedente del terror que causó en México entre los amigos del gobierno la falta de noticias del ejército del Sur. Esta ansiedad

duró hasta el día 5 de Mayo, en cuya fecha se supo que el presidente habia llegado á Acapulco, se habia retirado, y debia llegar á Chilpantzingo el dia anterior.

El general Don Santiago Blanco, ministro de la guerra, habia dicho en sus partes que el ejército se retiraba de Acapulco porque no tenia artillería gruesa para batir el castillo, pero que los rebeldes quedaban bien escarmentados con las derrotas que habian sufrido, y bien bloqueado el puerto, por lo cual no tendrian mas remedio que rendirse muy pronto.

Esta esplicacion de una retirada tan imprevista, era poco satisfactoria para los que algo entendian de achaques de guerras, pues decian que si Santa-Anna no habia llevado artillería gruesa para batir el castillo, ¿por qué habia ido á tomarle, esponiendo tanta gente en aquella espedicion? En cuanto al bloqueo, todo el mundo presumia que no podia ser eficaz, estando encomendado á dos buques pequeños, de construccion endeble y mal servidos, cuya permanencia en las aguas de Acapulco no sirvió mas que para poner en ridículo al gobierno. La prueba de esto es que el bloqueo fué forzado por todos los buques que quisieron hacerlo, como sucedió el 27 de Abril con el bergantin-goleta ecuatoriano *La Panchita*, que entró en el puerto á pesar de los fuegos de uno de los buques bloqueadores,

hallándose aún el ejército de Santa-Anna en aquellas cercanías; y como sucedió despues con los vapores americanos de San Francisco y Panamá, que nunca dejaron de tocar en Acapulco en sus travesías, á la vista de los buques mexicanos. La *Carolina* y el *Guerro* no estuvieron siempre sobre Acapulco, pues solo lo hicieron tres cortas temporadas desde el mes de Abril hasta el de Setiembre. Poco despues (en Octubre) fueron víctimas ambas embarcaciones de una de las furiosas tempestades que tan frecuentes son en aquellas costas durante el equinoccio de otoño. Los inteligentes habian previsto esta desgracia, desde que vieron la imprudencia del gobierno, que mandaba estacionar indefinidamente en tan peligrosos puntos dos barcos tan poco á propósito para aquel servicio.

Desde la hacienda de Buenavista habia participado el ministro de la guerra con fecha 3 de Mayo, tres días despues de la accion del Peregrino, que el 30 del mes anterior habian obtenido las armas del gobierno en aquel punto “el mas señalado triunfo sobre los facciosos,” los cuales habian sido “desalojados á la bayoneta huyendo en completa dispersion,” y que rechazados tambien los que habian atacado al ejército por la retaguardia, no les habia quedado mas recurso “que retirarse en desordenada fuga.”

Cuando se recibió esta noticia en la capital, se tocaron las campanas y se hicieron otras demostraciones de júbilo por la supuesta victoria; y si bien no hubo muchos que creyeran en ella, ni aun acaso los mismos miembros del gabinete, el gozo de éstos fué sincero, porque aunque el presidente no volviera triunfante, al fin volvía para continuar en su gobierno, lo cual era siempre para ellos un bien positivo, por mas que quedara en pié la revolucion.

El 5 de Mayo fué dia de plácemes para los ministros de Santa-Anna. Casi al mismo tiempo que tuvieron noticia de que *había parecido* el ejército, del cual nada se había sabido durante un mes, como si se le hubiera tragado la tierra del Sur, supieron que al fin había sido aprobado por el senado de los Estados-Unidos el tratado de la Mesilla. La incertidumbre de la suerte que correría aquel negocio, los tenía en extremo acongojados, porque despues de haber visto que el gobierno de Washington no había pasado por la indemnizacion estipulada primitivamente, ni por otra rebaja propuesta por él mismo y consentida por el gobierno de México, temían que al fin y al cabo los Estados-Unidos negaran definitivamente su aprobacion, en cuyo caso iba á ser sobremanera apurada la posicion del gobierno, que no contaba con otro recurso.

Que temían esto nada mas, lo prueban ciertos pormenores de una escena que tuvo lugar en palacio, y que trascendió en el público. Hallábanse juntos los ministros congratulándose por las noticias que se habían recibido del Sur, cuando el telégrafo anunció la llegada del vapor *Tejas* á Veracruz con la noticia de que había sido aprobado el tratado de la Mesilla. Todos ellos dieron muestras de la mayor satisfaccion por un suceso que venía á salvarlos por algun tiempo de angustias pecuniarias; y habiendo indicado alguno de los que estaban presentes, que no era caso de tanta alegría, porque si bien la aprobacion era cierta, también la indemnizacion había quedado reducida á diez millones, los ministros respondieron á una voz, dirigiéndose unos á otros miradas estrañamente gozosas: “¡Vaya! aunque sea con cinco millones, y aunque sea con menos nos conformamos.”

Mucho se murmuró entonces por causa del tratado; y el gobierno para dar al público una satisfaccion que nadie le pedia, hizo publicar en el *Diario Oficial* y en otros periódicos, artículos en los cuales se manifestaba que si la indemnizacion había quedado reducida á la mitad, era porque también se había hecho rebaja en la estension de los terrenos que se cedían á los Estados Unidos. Otros artículos se publicaron consagrados á expresar el contento que el gobierno sentía por la

terminacion de aquel negocio, no sin zaherir amargamente á los mexicanos desterrados en la república vecina, á quienes se apellidaba traidores por haber dirigido, segun se decia, al gobierno de los Estados- Unidos una protesta contra el tratado, y se les denostaba con aire de triunfo, diciendo que de nada habian servido sus amaños para impedir la aprobacion.

El público se enteró bien de lo que era el negocio, porque todos los periódicos publicaron un artículo de la *Crónica*, periódico español de Nueva-York, en el cual se ponía en claro *lo que perdía México*. Aquel periódico habia defendido abiertamente hasta entonces al gobierno de Santa-Anna; pero lo de la Mesilla le hizo enmudecer, dejándole como sonrojado ante los americanos. Por esta causa, cuando la dictadura dispuso mas tarde, que se examinaran en las aduanas marítimas todos los periódicos que vinieran del extranjero, para no dejar pasar los que contuvieran doctrinas contrarias á la política dominante, mandó que todos los ejemplares de la *Crónica* fuesen quemados en cuanto se recibieran. Conocia que habia de vengarse del sonrojo que la habia hecho pasar, y no se engañaba, porque aquel periódico hizo despues al gobierno de Santa-Anna una guerra á muerte.

Es harto difícil justificar á la dictadura de la responsabilidad que contrajo por el tratado de la Mesilla:

Cuando un cuerpo de tropas norte-americanas ocupó aquel territorio, el gobierno dió reservadamente orden al general Trias, comandante general de Chihuahua, para que se retirara sin hacer resistencia alguna, porque no habia fuerzas suficientes que oponer á los invasores. El general Trias, que estaba dispuesto á rechazarlos, cumplió aquella orden, formulando una enérgica protesta contra la invasion, segun tambien se le habia mandado; y casi al mismo tiempo el gobierno abrió negociaciones con la legacion americana, de las cuales resultó el tratado, que se firmó en México dos ó tres meses mas tarde, es decir, el 30 de Diciembre de 1853. Aprobado en Washington el 26 de Abril del año siguiente, y ratificado en México el 31 de Mayo, fué promulgado solemnemente el 20 de Julio. Los pormenores de aquel negocio no corresponden á esta historia. La que refiera los hechos de la dictadura, tendrá acaso que revelar secretos de mala ley, y dirá tambien cómo se gastó en pocos dias el mezquino precio de aquella venta.

Mientras estaba el ejército de Santa-Anna sobre Acapulco, habia muerto en Chilpancingo el 22 de Abril, el general Don Nicolás Bravo, uno de los hombres mas respetables y mas generalmente queridos de cuantos ha tenido hasta ahora México independiente. Tan modesto en su porte como esclarecido en virtudes

públicas y privadas, mereció que todos los hombres de todos los partidos lloraran su muerte, y que por ella se pusieran de luto. El presidente Santa-Anna mandó que le llevara la tropa por tres días, cuando llegó, diez días después, á la Ciudad de Bravos, que así se llama hoy la antigua Chilpantzingo, por ser patria de aquel ilustre ciudadano y de su familia.

En aquellos días apareció una proclama del general Bravo á los habitantes del Sur, aconsejándoles que abandonaran la revolucion y prestaran obediencia al gobierno; y con este motivo, el *Boletín oficial del Ejército Restaurador de la libertad*, que se publicaba en Acapulco, dijo cosas que verdaderamente estremecen, sobre la muerte de Bravo. Dijo que al pasar por Chilpantzingo el general Santa-Anna, habia exigido del ilustre veterano que le ayudara con su influjo y experiencia en la campaña que emprendia, y que Bravo se habia negado á ello pretestando sus enfermedades; que le habia escitado á que dirijiese la palabra á sus compatriotas contra la revolucion, y que habiéndose negado tambien, se le forzó en el lecho del dolor á que firmara un manifiesto, so pena de ser conducido preso á Iguala; que poco satisfechos Santa-Anna y los suyos de la forzada condescendencia de Bravo, dispusieron deshacerse de él, cuando ya estuvieran distantes de Chilpantzingo, para alejar toda sospecha; que al efecto

redoblaron con él sus atenciones, le hicieron grandes ofrecimientos, y le comprometieron á que aceptara los cuidados de un cirujano del ejército, á quien quedaba recomendada su curacion; que el general Bravo, admitiendo aquella prueba de fingida amistad, no sospechó un momento que su existencia y la de su esposa quedaban en peligro; que este era el secreto de la desaparicion del general, y que la historia esclareceria y relataria los pormenores del atentado.

Hay que advertir que la esposa del general Bravo, por una singular coincidencia, falleció el mismo día, y casi á la misma hora que su marido.

En cuanto al atentado, creemos nosotros que las pasiones son capaces de todo; que no hay crimen á que no se abandonen los tiranos, y mas que ellos, los reptiles que siempre los rodean; que los tiempos de revolucion son tiempos en que se perpetran los que mas deshonoran á la humanidad: pero tambien sabemos que en tales tiempos los partidos suelen achacarse unos á otros culpas que no cometen; que sobran atentados verdaderos en la administracion de Santa-Anna, para que sea menester atribuirle los falsos ó dudosos; que no necesita de esto para justificarse, la revolucion que derribó aquella tiranía; y que la historia se alegra de no tener que consignar en sus páginas, hechos

tan atroces como este, cuando para ello le faltan los datos indispensables.

Más averiguado está otro hecho de aquellos mismos días, que puede contrapesar en la opinión la horrible sospecha de que se acaba de hablar. Mientras el general Santa-Anna estaba en el Sur, un extranjero que habia residido en la República, y que entonces se hallaba en los Estados-Unidos, le dirigió una carta en la cual le decia que si le daban dos mil pesos, podría embarcarse para Acapulco, tomar parte en la revolución del Sur, ganar la confianza de los principales caudillos, y hacerlos desaparecer por medios ocultos que estaban en su mano.

Al mismo tiempo el extranjero escribió al general Don Ignacio Basadre, indicándole la propuesta que hacia al presidente. Este habia dejado á Basadre el encargo de dirigirle al Sur las cartas que tuviera del interior de la República; pero le habia dicho que abriera las que le viniesen del extranjero. En virtud de esto abrió la que contenia aquella proposición infame.

Horrorizado á la vista de ella, Basadre escribió al general Santa-Anna, remitiéndole aquel documento, y diciéndole que no solo debia rechazar una propuesta que le ofendia, sino que debia cortar desde entonces

toda relacion con el que habia osado hacérsela. Santa-Anna dió á Basadre el encargo de contestar al extranjero, y de decirle, que no solo no se aceptaban sus horribles servicios, sino que desde entonces quedaba cortada con él toda relacion.

El que así se ofrecia por vil precio á cometer frios asesinatos, habia sido desterrado de la República por el gobierno de Santa-Anna; pasaba en los Estados-Unidos por amigo de la revolución; y no solo podia vender la causa que aparentemente defendia, sino que podia deshonorarla. El general Basadre procuró que los otros desterrados en la República vecina, supiesen aquel caso, para que no se fiaran inocentemente de tal monstruo.

Ya se dijo que el general Santa-Anna habia entrado en la capital el 16 de Mayo, de regreso de su campaña del Sur. Para recibirle se hicieron grandes preparativos: se levantó en medio de la plaza mayor un arco triunfal, lleno de trofeos y emblemas militares, y pasó por debajo como un triunfador: hubo fiestas é iluminaciones, y se pronunciaron discursos lisonjeros; de tal manera, que les costaba trabajo á los habitantes de la capital el creer que todo aquello no era mas que una superficie brillante con que se procuraba encubrir los desastres y las miserias pasadas.

Dos días después, un violento huracán que se desató en el valle de México, derribó el arco de triunfo, convirtiéndole en un montón de lastimosas ruinas; y este incidente dió lugar á no pocas chanzas, que corrieron de boca en boca, aunque con el recato que aconsejaba el miedo. No impidió esto, sin embargo, que la retirada del Sur se comparara con la retirada de los *Diez mil*, de Jenofonte, ni que se encontraran palpitantes semejanzas entre aquella campaña y la de Napoleón en Rusia, porque en ambas había estado el mundo largo tiempo sin saber de los ejércitos expedicionarios. Dejando aparte estas exajeraciones, no se puede negar que el ejército dió en aquella expedición brillantes pruebas de un valor, de una constancia y de un sufrimiento, dignos de mejor causa.

No todo fué regocijo en las regiones del poder, después que regresó del Sur el general Santa-Anna. Habíanle dicho algo en el camino acerca de los comentarios que sus ministros hacían durante su ausencia, en el tiempo que habían estado sin tener noticias suyas; y el enojo que esto le produjo, hubo de aumentarse á su negada, con lo que le dijeron algunos de sus amigos, que trabajaban incesantemente por arrojar del gabinete á Bonilla, Aguilar y Lares, ministros de relaciones, de gobernación y de justicia. Hubo, pues, una especie de crisis ministerial, que quedó prontamente

resuelta en favor de los ministros, porque sin duda mediaron esplicaciones que dejaron al dictador satisfecho.

La revolución del Sur, en lugar de disminuirse, se había aumentado poderosamente desde la malhadada expedición de Santa-Anna. Por todas partes pululaban guerrilleros, que caminando á la ligera y prácticos en los caminos, caían súbitamente y con la velocidad del rayo sobre los destacamentos del gobierno; los derrotaban en un punto, y corrían á muchas leguas de allí para hacer lo mismo en otro cuando menos eran esperados; de tal suerte que no dejaban un momento de sosiego á los jefes de las partidas ni á las guarniciones. Los capitanes Don Juan Antonio y Don Juan de Nava, el comandante Don Martín Ojendiz, el capitán Don José María González, el patriota Don Pascual Asensio Torres y otros muchos, brotaron como por encanto de las breñas del Sur, y dieron que hacer por todas partes á las tropas del gobierno, sin dejarles punto de reposo. Sobre todos, Don Faustino Villalva llegó á ser el terror del enemigo en las márgenes del Mescala, por donde no pasaba correo que no interceptara, ni convoy que no persiguiera.

El general Noriega que había entrado en Ayutla el 3 de Mayo, abandona aquella población poco después